

# LA HIPÉRBOLE DEL ARTE NERÓN

ESTUDIO FILOSÓFICO—HISTÓRICO—LITERARIO



A Virgilio Varzea, al glorioso narrador, al escenógrafo brillante de las letras brasileras; como lazo de oro de la Fraternidad de los literatos de ambos países americanos dedica FRANCISCO C. ARATTA.

Unos ligeros pasos sobre la verde vegetación le hicieron volver la cabeza, y un grito de angustia, en el que iba envuelta toda la amargura de que era presa, se escapó de su pecho.

Ricardo, seguido de un sargento, venía a darle la última, la triste despedida, mudo, cabizbajo, como el reo que llevado al patíbulo ve llegar el último momento.

Ricardo llevaba la muerte en el alma: un negro presentimiento le decía que no volvería a ver a su amada, y luchaban en él el deber de defender su patria y el cariño a su bella Amanda.

—¡Amanda mía!... dijo apenas la vió.  
—¡Ricardo!... exclamó ella.  
—Me voy a combatir—continuó el joven—Si muero en la fatal lucha que se ha empeñado no olvides nunca que mi amor fué sincero, como no hallarás otro en el mundo y que me alejo de ti en cumplimiento de un deber sagrado... la patria me reclama, y debo partir en su ayuda... pero... júrame que no pertenecerás a otro, si muero en el campo de batalla, y partiré satisfecho.

—Te lo juro—respondióle Amanda—y sacando de su pecho un escapulario blanco, blanco como sus santas ilusiones de novia, se lo entregó diciéndole:—Llévate contigo esta reliquia, empapada en mis lágrimas y santificada por mi amor grandioso—ella te inspirará la fé que tanto necesitas.

El mozo gentil y apuesto llevólo a sus labios con mano temblorosa y depositó en él todo el cariño intenso y la desesperación profunda que rebozaba su alma. Después... pálido y triste díjole por último: No me olvides... y en tus plegarias purísimas ruega a nuestro Dios por mí... Luego... se esfumó entre las sombras.

## IV

Han pasado dos años. En el pueblo llama la atención la constancia con que una joven enlutada, envuelta en denso velo, visita a la hora del crepúsculo la ciudad de los muertos. Sigámosla y veremos que se detiene en una tumba pequeña, sin soberbia, sin lujo, pero que tiene esos adornos que crecen lo mismo junto a la del poderoso que a la del humilde: las simbólicas flores. En el centro una cruz de hierro extiende sus brazos siempre abiertos y deja leer en gruesos caracteres el nombre de «Ricardo.»

Aquella dolorida es Amanda, que diariamente visita la morada de su amado, regándola luego de lágrimas heladas.

Allí se sentía feliz! Las rojas margaritas le recordaban las mejillas y labios del que no existía; los lirios, el color de su frente siempre pálida; las aromas de las flores, el perfume de sus ternísimas palabras, y el canto de los pájaros, su voz melódica, aquella voz que parecía una música de amor y de esperanza...

## V

Un día dejó de ir a llorar la bella enlutada. ¿A qué se debía aquel repentino cambio?

Es que Amanda había ido a reunirse con su amado y aquellas dos almas, para el amor nacidas, que no pudieron estar unidas en vida, lo estaban para siempre en la muerte.

Desde entonces, junto a la cruz de Ricardo, levántase otra en la que en iguales caracteres se lee este otro nombre: «Amanda.»

SARA JULIETA ARLAS.

Montevideo, Diciembre 4 de 1897.



# BASE BALL



De humilde grama circular pradera do los diestros se aprestan a distancia; un sol en el ocaso y la arrogancia de opuesta cima entre su luz postrera.

Confundidos el pueblo y la elegancia formando al sur elástica barrera, y cual rosas en verde primavera damas que dan en torno su fragancia.

Esferas que se elevan a la altura del ríco golpe al magistral embate; un diestro a apararlas se apresura;

Otros que corren, éste que se abate, y después, al bajar la noche obscura, la soledad en donde fué el combate.

TORRENEGRA.

El sol esplendoroso de los fastos latinos descendía a un ocaso sangriento, las conquistadoras legiones romanas ya se habían estrellado contra las férreas falanges de Arminio y las soberanas águilas de Mário, Pompeyo y César habían ido a remontar su vuelo en las selvas germánicas, en los aduares celtas y en los arfientes páramos del Asia, y los primeros albores de la fé cristiana del sol que se elevaba en las cumbres inmortales del Calvario, aparecían en los tenebrosos horizontes del Lácio, y como la columna de fuego, que señalaba el camino a los hebreos, marcaban una ruta luminosa a los primeros nazarenos y a sus mártires estóicos. cuando nació Nerón, de la célebre familia de los Domicios.

Los siglos suceden a los siglos, sin interrupción, como los vidrios de una linterna mágica; las sociedades y el mundo son las telas donde se reflejan sus imágenes; y en ese paisaje extraño hay tal rapidez que, a veces, no nos deja ni exécar ni aplaudir el hecho pasado, pues otro más importante ocupa su lugar: pero, esta imagen terrorífica de Nerón, no pasa ni pasará jamás; ha de quedar impresa en la retina asoabrada de las generaciones futuras con tintas sangrientas, porque Nerón es la más alta personificación de su época: esa edad nefasta debía producir, inevitablemente, este enorme monstruo del vacilante imperio romano. Las épocas producen los personajes, como el terreno, las flores y el fruto.

Catonés engendra la libertad y el despotismo Nerones.

Para ver la verdad de esa máxima no hay como fijarse en el médio corruptor que envolvía a Nerón. Los cinco primeros años de su reinado llenaban de admiración a aquel sabio emperador Trajano, que no veía en la vida de los grandes principes nada digno de compararse con la vida de Nerón; y dice un célebre crítico, «pretender que Nerón fué un monstruo en el seno de su misma madre, es juzgarlo en una sola frase.»

Y así, era el médio en que se desarrollaba Nerón, al lado de las virtudes de los descendientes de los Gracos y los Scipiones, estaban las turpitudes de los Tibérios y las Mesalinas; al lado de las artes, los cultos más vergonzantes de religiones positivistas con las diversiones sangrientas de los circos de gladiadores y de fieras; por eso, como dijimos, Nerón debía ser la más alta personificación de su época.

Me ocuparé de él en su lado más saliente, en lo que pienso descollo por encima de sus crímenes y aberraciones; en el de artista sublime, en el de egregio cantante; fué la política de Nerón.

Aquel bárbaro tenía el sentimiento artístico, amaba la música con la ternura de una alma espresiva, con los arrobos del creyente; por la música no conoció jamás las fatigas de los viajes a rejonnes remotas, ni el cansancio debilitó su voz armoniosa en las veladas interminables.

Abandonado en su niñez, Nerón, y recojido por Lépida, tia suya, sintió desde niño germinar en su corazón el odio hacia la familia, primero, y luego, a la humanidad entera.

Roma copiaba la elegancia y el arte a Grecia, y por eso hacia sus ciudadanos, antes artistas que hombres laboriosos; pero, ¡qué diferencia entre romanos y griegos!... Estos sabían combatir y morir serenos, con rostros de ángeles, perfumándose el eabello antes de ir al combate; eran héroes espontáneos, no de artificio, como el romano; éste era el eterno poseur.

¡Qué diferencia de aquellos héroes de las Termópilas, uno de los cuales exclamaba: «Éstal el número de los bárbaros, que sus flechas lanzadas, oscurecían el sol!»

Nerón, como dice Sellar era un griego, pero un griego degenerado, que había conservado de romano sólo la crueldad; entre los juegos prefería el circo; entre las artes, el canto y la danza.

Cuando cumplía los 17 años, la madre Agripi-

na, con un arte culinario digno de una Tofana la envenenadora ó de una Locusta, su coetánea, preparó para el imbécil emperador Cláudio, un bien condimentado plato de setas. Vacante el trono por aquel célebre plato, lo ocupó Nerón.

Nombrado emperador fué conducido en real litera al campamento de su ejército numeroso, y allí bajo una lluvia finísima, con una voz digna de Estentor el griego, arengó a sus soldados que lo vivaban aclamándolo por varias veces.

Cuando llegó a su palacio, sin perder minuto, hizo llamar a Terpnus, el célebre tañador de lira actor y cantante; empezó a vocalizar, primero piano, y después en crescendo, para probar si bajo la lluvia torrencial de aquel día, si acaso se hubieran destemplado alguna de las cuerdas vocales de su privilegiada garganta.

Aquel fiero emperador que no hubiera tolerado que se le hiciera la menor observación sin castigar esa audacia con la muerte, Nerón, encajaba, al acostarse, su cuerpo robusto en un corsé de plomo, hecho de sutiles láminas de plomo, para regularizar los movimientos de la respiración, y de día no tomaba jamás alimentos picantes, y sus bebidas eran refrescantes para lubricar la real laringe.

¡Cuántas fatigas por el arte, cuantas horas pasadas en vocalizar y en tañir la lira para doblegar las multitudes por su ingenio musical ante su persona como ante un semi-dios ó un héroe.

Y su aspiración hubiera sido poseer cien pechos de hierro, y cien lenguas de bronce, como las invocaba Homero, para dominar el grito de las turbas, la voz del trueno rebotando en las gargantas rocallosas de los montes y los sonos terroríficos del huracán, que avanza rujiente y que, como dragón apocalíptico, destruye cuanto toca su planta maldita y su hálito de muerte!

El gran Napoleón decía: «La música es el ruido que menos me incomoda,» no obstante ¡cuantos millones de soldados pagaron el tributo a la muerte al son de las charangas militares de aquel Nerón moderno, que disfrazaba su sed de sangre humana con el nombre de conquistas, ganadas con carne de cañón como él llamaba a sus pobres soldados!

Para Nerón, la música era el *quid divinum*, era la única diosa, ante la cual rendía su alma fiera é indómita como la de un bárbaro del Norte: con razón cuentan las leyendas griegas, que Apolo domesticaba a los tigres de manchada piel, mansos como corderos, con los sonos melodiosos de su lira ó de su flauta de siete tubos.

Napoleón, que era más que fiera, pues era emperador, no tenía fibras en su corazón para la música y decía sarcásticamente que era el ruido que menos le incomodaba! Todavía están en pié las estatuas alzadas al Atila del Sud; pero, cuando llegue la hora que impere en el mundo la religión de la humanidad y el amor, entonces del bronce derretido de esas estatuas moldearán las esjies de los grandes músicos que suavizaron en esta eterna lucha por la existencia, las malas pasiones de los hombres!...

No se cansa? Nerón de repetir el proverbio griego que dice: *la música es nada si se la tiene oculta*, y el día del debut se acercaba; y la verdad es que por un exceso de pudor artístico no quería debutar ante su corte, y se fué a la perla del golfo partenopeo, se fué a Nápoles. Allí en Nápoles y en Pompeya, aquellas sonrisas perpétuas de la primavera, en aquellas doradas playas donde los perfumes de los olivares y de los cedros se mezclaban al de las rosas y de los lirios y al de los efluvios marinos de las aguas del golfo, eternamente calmas como indiferencia de mujer coqueta, bajo la bóveda azulada de un cielo casi tropical, allá es donde habían elejido su morada los desenfrenados Epicureos romanos, los sátrapas de todas partes, las Mesalinas corrompidas, los sacerdotes corruptores, las bayaderas, los sibaritas más refinados, los adivinos, los histriones, los gladiadores, los domadores del músculo, los filósofos, funámbulos de la idea, y mil diferentes especies; allá, Roma, despojada de los laureles de la guerra y de la verbena del derecho, arrastraba en el fango el triclinio de los patricios y de los Césares, se coronaba con los pámpanos de Baco y las rosas del placer, exalaban en cantos líricos la exuberancia de una vida que ¡ay! llegaba a su término fatal.

Pues sobre el grito ronco y destemplado de las Saturnales, los *evohé* de las bacantes, el rumor sonoro de los cimbalos respondiéndole a los cimbalos y el de las liras vibrantes a los cantos de los poetas ebrios de Palermo; sobre esa orgia perpétua, alumbrada de día por un espléndido sol oriental y de noche por la antorcha gigantesca del Vesubio, de siniestros resplandores; sobre la archa arena del circo, donde envueltos en sus

